

deberán contrastar su contenido con otros enfoques analíticos para nutrir una mejor comprensión de los procesos históricos de México.

Graciela Márquez

El Colegio de México

PAUL GARNER: *British Lions and Mexican Eagles: Business, Politics, and Empire in the Career of Weetman Pearson in Mexico, 1889-1919*. Stanford: Stanford University Press, 2011.

El presente libro concluye una etapa de la investigación que sobre el México porfiriano ha desarrollado Paul Garner y que anteriormente resultó en artículos en revistas especializadas y en capítulos de libros colectivos, y puede considerarse como la segunda parte de la biografía *Porfirio Díaz* (Londres: Longman, 2001), productos aquellos que, unidos a conferencias, cursos universitarios y participación en programas televisivos como *Discutamos México* (México, Conalcuta, 2010) hacen del académico de Leeds un genuino especialista en temas mexicanos del siglo XIX y XX.

Lo primero que resalta del texto *British Lions and Mexican Eagles* es que está bien escrito, combina perfectamente los datos biográficos de Weetman Pearson con los de la circunstancia política y económica en Europa, los Estados Unidos y México. En el sentido más clásico del quehacer del historiador, Garner nos cuenta una historia, pero con el rigor de las especificidades académicas. Éstas, así en la estructura que revela cómo fue concebido el libro como en las muchas notas eruditas, no dificultan su lectura; al contrario, demuestran un manejo amplio y un poder interpretativo de los materiales contenidos en archivos que utilizó, amén de la bibliografía especializada, que Garner no logra hacer exhaustiva pues faltan diversos autores mexicanos que en los últimos cinco años han discutido nuevos enfoques sobre temas e interpretaciones acerca del porfiriato.

Desde el inicio de la década de 1880, los políticos mexicanos habían volcado todos sus esfuerzos en construir un gobierno indiscutible frente a los poderes locales y sobre todo responsable en sus compromisos con el exterior, definido éste por una feroz competencia entre las potencias del momento. Los afanes mexicanos iban desde el pago de la deuda externa hasta la estrategia por desarrollar y modernizar al país a partir de la importación de tecnología, la atracción de capitales extranjeros a ser invertidos en la república y, frente a los muchos fracasos anteriores, la búsqueda de hombres de negocios y empresas que tuvieran experiencia en la construcción de obra pública (capítulo uno). Tomando en cuenta dichas necesidades mexicanas, se explica la manera cómo Weetman Pearson llegó al país, paulatinamente obtuvo la confianza y el respaldo de los

círculos del poder del porfiriato y se convirtió en el más influyente hombre de negocios británico en México.

El capítulo dos, que trata el nexo entre política y negocios británicos entre los años de 1880 y 1920, fue sin duda una de los apartados del libro que más me gustó, porque aparte del muy ilustrativo aspecto del nexo entre Pearson, el partido liberal, su participación en el Parlamento de Westminster y sus sinsabores en el gabinete de guerra del premier Lloyd George (Primera Guerra Mundial), el capítulo ofrece al lector datos sobre cómo adquirió experiencia cuando construyó los drenajes en la costa de Lancashire y en el puerto de Ipswich o el muelle en King's Lynn. Bajo tal interpretación, el capítulo reflexiona sobre la importancia que tuvo la revolución en el transporte –ferrocarriles y barcos– y como éstos estuvieron unidos al desarrollo de una ingeniería de punta que lo mismo construía puentes, desagües, y maquinaria para la industria minera. Dicha actividad en la construcción de obra pública se convirtió en un fenómeno “global”, donde el papel del contratista y la compañía que él representaba definió la Gran Bretaña de entre siglos. Garner previene al lector al subrayar que si las características anteriores operaron en muchas partes del mundo colonial o en el imperio informal, categoría ésta muy debatida, el caso de Weetman Pearson no fue la de un inversionista privado sino la de un contratista a servicio del gobierno mexicano. Bajo semejante definición, las peripecias en torno a la construcción del desagüe llamado Gran Canal de México y la forma como Pearson (British Lion) se entendió muy bien con la élite político/empresarial mexicana (Mexican Eagles) constituyen el material del tercer capítulo.

“La expansión del imperio. El ferrocarril nacional de Tehuantepec, 1896-1918” constituyó otra obra cuyos antecedentes podían rastrearse desde los años de 1840, cuando los gobiernos mexicanos, con diversos empresarios y a través de varias concesiones, buscaron se hiciera realidad la proyectada línea ferroviaria que uniera el Océano Pacífico con el Atlántico. Paul Garner, en este cuarto capítulo, señala que la obra entre el puerto de Salina Cruz y Coatzacoalcos, rebautizado como Puerto México porque los ingleses no podían pronunciar el nombre indígena, debería concebirse como una de las grandes obras del porfiriato. Pero el tendido de la línea férrea resultó muy caro porque el istmo de Tehuantepec estaba alejado de los centros de comunicación; la selva, los ríos, la fauna y el excesivo calor complicaban aún más los trabajos cotidianos. Peor, a pesar de que se ofrecían mejores salarios que el promedio mexicano, fue muy difícil durante los once años que duró la construcción del ferrocarril tener un flujo constante de trabajadores, además de que se tuvieron que realizar importantes obras de modernización en ambas terminales portuarias para hacerlas viables al comercio de altura. Si bien el autor del libro, en los capítulos anteriores y posteriores, desmenuza la muy sugerente relación entre Pearson y el secretario

de Hacienda mexicano, José Ives Limantour, fue durante esta complicada obra que la relación se afianzó. Además de los problemas financieros, tanto el contratista inglés como el funcionario porfiriano estaban perfectamente conscientes de que la obra de Tehuantepec había irritado al gobierno estadounidense debido a sus intereses en Centroamérica y a los ya existentes ferrocarriles mexicanos en manos estadounidenses.

El capítulo cinco constituye la explicación de lo que Garner llamó “la apo-teosis del imperio”, esto es, el nacimiento y desarrollo entre los años de 1901-1910 de la compañía petrolera “El Aguila”. Posteriormente, el autor narra las complicaciones que enfrentó el inversionista británico frente al movimiento revolucionario encabezado por Francisco I. Madero que puso en jaque al porfirato. Pearson, igual que muchos extranjeros y miembros de la élite mexicana, apoyaron el golpe militar perpetrado por el general Victoriano Huerta, pero este régimen sucumbió frente a “los constitucionalistas” encabezados por Venustiano Carranza, quienes consideraron las acciones del británico como el vivo ejemplo del imperialista rapaz de la época porfiriana. Garner no logra retratar bien la animadversión mutua entre ambas partes (capítulo 6).

En el último capítulo del libro se explican los problemas que tuvo que resolver “El Aguila” en el marco de la Primera Guerra Mundial, caracterizado en lo que respecta al tema petrolero mexicano por una Gran Bretaña cuyo gobierno se plegó a las directrices desarrolladas por los Estados Unidos en la región. Cuando en febrero de 1918 Pearson vendió sus acciones del ferrocarril de Tehuantepec recibiendo por ello 2 millones de libras del gobierno de Carranza, y en marzo de 1919 el grupo Royal Dutch Shell adquirió el 50% de las acciones por un precio de 7 millones de libras, Garner señala que antes de su salida como empresario en México había logrado realizar dos operaciones con ganancias que superaban sus expectativas. Pero los sentimientos de Pearson eran ambivalentes sobre lo que había sucedido en México durante las últimas tres décadas. Primero había sido el gran contratista del gobierno de Porfirio Díaz y en una segunda etapa se convirtió en gran inversionista de la perfilada industria petrolera, la cual ya influía decisivamente en los asuntos mundiales.

Silvestre Villegas Revueltas

UNAM